

... Curso para mayores de 25 años. Introducción a las humanidades. Guión número 9. Autor Lourdes Toranzo. Fecha de emisión 3 de diciembre del 79. Estructura trascendental del ente. Segunda parte. El punto de llegada que nos había conducido en el tema anterior, la dialéctica de Hegel, era una pared opaca, infranqueable. Queda una escapatoria y es pensar negativamente la novedad con lo que la que nos ha llevado a la vida. ...

contradicción se consideraría integrada en el proceso. Pero, ¿se puede asegurar que una negación sea una novedad estricta respecto de lo que se niega? Lo que dijimos el pasado lunes apunta en el terreno práctico a lo siguiente. En la investigación filosófica de la causa del ser, no es que no haya nada, ni que la nada sea compañera eterna del ser, sino que la nada impera sobre el ser, que el ser tiene su justificación y su fundamento y su destino metafísico en la nada. La nada y el ser. Como si no quisiera arguir nada importante, Heidegger se plantea la pregunta, ¿por qué es en general el ente y no más bien la nada? Años antes Nietzsche, en su preámbulo de la obra, así habló Zaratustra, demasiadas veces citado, afirma.

Cuando Zaratustra tenía 30 años, se alejó de su patria y del lago de su patria y se fue a la montaña. Allí gozó de su espíritu y de su soledad durante 10 años, sin cansarse. Pero al fin variaron sus sentimientos, y una mañana, levantándose con la aurora, púsose delante del sol y le habló así. Oh sol, ¿qué sería de tu felicidad si te faltasen aquellos a los que iluminas? 10 años hace que vienes hacia mi caverna, y sin mí, sin mi águila y mi serpiente, te habrías cansado de tu luz y de este camino. Pero nosotros te esperábamos todas las mañanas, te tomábamos lo superfluo y te bendecíamos. Pues bien, yo estoy hastiado de mi sabiduría, como la abeja que ha acumulado demasiada miel. Necesito manos que se alarguen hacia mí. Yo quisiera dar y repartir hasta que los sabios vuelvan a gozar de su locura y los pobres de su riqueza. Por eso, debo bajar a las profundidades, como tú por la noche, hasta que el sol se desvanezca.

exuberante de riqueza cuando transpones el mar para llevar tu luz al mundo inferior. Yo debo descender como tú, según dicen los hombres hacia quienes quiero dirigirme. Amo a los hombres. Dice un poco más adelante Zaratustra. Pues ¿por qué, dijo el santo, me he venido yo a los bosques y a la soledad? ¿No era porque amaba demasiado a los hombres? Ahora amo a Dios, no amo a los hombres. ¿Y qué hace el santo en el bosque? Preguntó Zaratustra. El santo contestó, hago cantos y los canto y cuando hago cantos río, lloro y murmuro. Así alabo a Dios. Al oír Zaratustra estas palabras saludó al santo y le dijo, ¿qué tendría yo que daros a vosotros? Lo que has de hacer es dejarme marchar corriendo para que no os quite nada. Y así se separaron uno de otro, el hombre y el viejo, riendo como ríen dos criaturas. Pero cuando Zaratustra estuvo

sólo habló así a su corazón. ¿Será posible? Este santo anciano no ha oído aún en su bosque que Dios ha muerto. La ciencia en verdad procede como si no existiera la causa que ha dado origen a la ciencia y la frase de Nietzsche, Dios ha muerto, que tampoco es suya, ha sido demasiado comentada por todos los pensadores posteriores a Nietzsche. En definitiva, un tratado del ser con minúscula, sin su justificante, que es el ser causante, eso es una metafísica injustificada, truncada, una ciencia sin sentido. Pero la aberración del hombre es ilimitada y a partir de este momento todos los intentos tienen una línea de esfuerzo, construir una metafísica que todavía es posible, puesto que se trata de situarla empezando por otro comienzo, la nada. Una vez encontrada la solución, el hombre vuelve a

envalentonarse en su quehacer filosófico. La ciencia en verdad procede como si no existiera la causa que ha dado origen a la ciencia. La ciencia en verdad procede con un tratado del ser con minúscula, sin su justificante, que tampoco es suya, ha sido demasiado comentada por todos los pensadores posteriores a Nietzsche, que tampoco es suya, ha sido posible que se vuelva a envalentonarse en su quehacer filosófico.

Sí, señores, la nada es el principio del ser. Su creador es Heidegger y plasma su teoría en las páginas de su obra *Olsbege*. Ahora, no es que se quiera lucubrar sobre la nada, pero sí sobre las ruinas de los valores supremos. Se trata de una subversión de valores que lleva consigo la revisión de las estructuras metafísicas. La voluntad subjetiva de poder Nietzscheana da lugar a la axiología de Siller y Hartmann, filosofías que se basan en valores subjetivos. Dice textualmente Nietzsche. Antes prefiero la voluntad de poder querer la nada que no querer. Y así el superhombre encarna la voluntad de querer y ese es el futuro del hombre, ese su porvenir. El hombre es un puente. Esperemos la venida del superhombre. Más todavía ahora que Dios ha muerto. Y termina Nietzsche. Todos los dioses han muerto. Ahora.

queremos que viva el superhombre. Tendremos que aclarar que toda esta teoría se está apoyando en el razonamiento de un hombre que ha sido diagnosticado por la ciencia como un ser que ha perdido la razón. Por consiguiente hemos caído en el puro irracionalismo. El imperio de la nada misma. La humanidad se alimenta de la nada y anda en una nada infinita, absoluta. Pensar, como lo hará Jaspers, que la nada puede ser superada con el eterno retorno promulgado por Nietzsche no deja de ser antifilosófico o antirracional. Pero expresarnos en términos ilógicos, incongruentes, antirracionales, es algo a lo que ya la filosofía nos tiene acostumbrados. Hegel, habla del viernes santo de la teología. Tenía que haber hablado más bien del carnaval de la lógica o de la payasada del hombre.

hombre como ser dotado de razón. Todo lo demás serán piruetas del pensamiento. La instalación de un circo intelectual que sería cómico si no tuviera consecuencias trágicas. Y la sesión circense da comienzo desenfadadamente. No, dirán los filósofos, no hablemos de la nada o de un nihilismo absoluto, porque aún cabe pensar en un nihilismo relativo. Aquel que cuenta con la nada como estructura del ser. La nada acompaña al ser y consiguientemente queda justificado un saber científico acerca de Dios. Teodice, según acuñará Leibniz, un Dios compatible con el binomio nada-ser. Después de esto, los planteamientos filosóficos se zambullirán en el encuentro con la nada, en donde reside la aventura de la investigación metafísica, vislumbrando el ser como lo trascendido por la nada. La nada es buscada y hallada en la interna riqueza del ser en su.

plenitud. En lo sucesivo, la nada entra como protagonista en la historia del pensamiento de la mano de Kierkegaard. Una nada situada en el escenario nada existencial con Karl Haspers, nada ontológica con Heidegger, nada esencial con Sartre. Llegamos así al imperio de la misma nada, al sinsentido absoluto de la existencia, una conclusión estúpida en la que el hombre yace instalado y de la que parece que no quiere salir. Rescatemos al ser. O el hombre toma postura ante la metafísica del ser y lo rescata de la mentira intelectual al que lo han relegado los pseudopensadores, o seguiremos estrellándonos contra la opacidad de la irracionalidad y de la incongruencia. La solución sólo puede ser una, la honradez intelectual. La evidencia nos lleva a la verdad. La verdad es la verdad. La verdad es la

verdad. La verdad es la verdad. La verdad es la verdad. La verdad es la verdad. La verdad es la verdad. La verdad es la verdad.

en sentido amplio, el orden físico, está constituido por cosas concretas y singulares que son las que existen. Decimos cosa, res, si queremos recargar la significación de que ese objeto real es de un determinado modo. Es un árbol y no un animal. Y esto respondería a la pregunta, ¿qué es? A este mismo objeto real lo llamamos ente si queremos subrayar la significación de que es existente, de que es real. Respondería entonces a la pregunta, ¿existe? No existe por tanto el ente o la cosa, sino este ente y esta cosa, aunque en la mente humana y gracias a su poder de abstracción exista la idea abstracta de ente y la idea abstracta de cosa. Y esto no porque la razón falsa de la idea abstracta de cosa, sino porque la razón falsa de la idea abstracta de ente. No porque la realidad que existe, lo quiera o no el hombre, es conocida por el hombre gracias a su realidad.

racionalidad. El ente singular y concreto, este perro, aquella flor, es pues lo primero conocido. Se conoce que es y también, aunque de modo confuso, se conoce lo que es. En esta primera aproximación se nos manifiesta cierta composición en el ente. Lo que es, un perro, por ejemplo, no incluye en sí y de por sí la necesidad de ser. Podía no haber sido y puede dejar de ser lo que es. Dicho con otras palabras, el ente es por participación. En este caso estamos hablando de participación en un orden trascendental, no en un orden predicamental. Y vamos a aclararlo porque es importante y sencillo. La participación predicamental es aquella en la que los participantes tienen en sí una misma perfección que sólo existe en ellos, es decir, que no existe por separado. Por ejemplo, la humanidad se predica de cada hombre como algo que se puede hacer en el mundo. La humanidad se predica de cada hombre como algo que se puede hacer en el mundo. La humanidad se predica de cada hombre como algo que se puede hacer en el mundo.

en el hombre. Pero la humanidad no existe por separado y tiene en cada hombre la misma perfección porque no se puede ser más o menos perfectamente hombre. La perfección trascendental es aquella en la que la perfección existe de por sí. Los participantes tienen esa perfección degradada. Un ejemplo. Los seres participan trascendentalmente en el orden trascendental y degradadamente del ser que existe por separado sólo en Dios, que es ser subsistente. Cuando decimos que los seres participan del ser degradadamente o limitadamente, queremos decir que no son el ser, sino que lo tienen. Y lo tienen en parte. Dicho de otra forma, los seres tienen el ser limitadamente, con mezcla de potencia y acto, porque no son el ser. El ente es por participación. Tiene el ser y no es el ser. Un paso más.

en el conocimiento del ser. Cuando hablamos del ser referido a Dios y referido a un hombre o a una planta, no estamos hablando unívocamente, empleando la palabra con idéntico sentido o contenido. Y tampoco hablamos equivocadamente, empleando la misma palabra para conceptos que nada tienen que ver entre sí. Por el contrario, hablamos analógicamente, porque empleamos la misma palabra con un sentido en parte igual y en parte diferente. Es decir, la significación de la idea de ser se adapta formalmente a cada realidad en cuanto que ésta es tal, es decir, individual. Cada ser, en cuanto es tal, está contenido de una manera indeterminada en la significación de la idea de ser. La analogía del ser malentendida ha dado lugar a muchas doctrinas filosóficas falsas que han terminado destrozando lo que es núcleo de la metafísica. Porque si bien es verdad que el ser es un ser, el ser es un ser, el ser es un ser.

ser es el valor fundamental, la perfección suprema que cada cosa posee en la medida en que participa del ser. De la misma manera es cierto que todas las cosas difieren entre sí porque no participan del ser del mismo modo. Por consiguiente, la proporcionalidad de los seres está implícitamente contenida en la idea trascendental del ser y a la vez es la analogía de proporcionalidad la que caracteriza la atribución de esta idea a sus diferentes sujetos. Analogía por tanto de proporción y analogía de proporcionalidad. De las anteriores ideas una conclusión es muy clara y es que nunca debe confundirse el acto de ser con la existencia o hecho de ser. El acto de ser es principio metafísico, constitutivo del ente, mientras que la existencia es un resultado, un hecho de esa constitución. Confundir o identificar el acto de ser y existencia

práctica, en francés être, en alemán sein, llevaría a una equivocada noción de contingencia, porque se llamaría esencia a la definición, al ente como posible, y se llamaría existencia a la misma esencia en cuanto real. Y en ese caso, el ente como posible y el ente como real resultarían constituidos por los mismos principios metafísicos, pensados en el primer caso y hechos fabricados en el segundo. Por último, el acto de ser no es lo mismo que el existir del existencialismo inmanentista que equivale a ser ahí, presencia del presente, porque ese existir no es más que una denominación fenomenológica puesta en el fluir del tiempo por la conciencia del hombre. Mientras que el existir es un acto de ser, el existir es un acto de ser, y el existir es un acto de ser. Mientras que el acto de ser es el fundamento real del ente, su acto intensivo emergente, y por tanto,

es el fundamento de su posible presencia para el hombre. Gracias por ver el video.

Gracias.